

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—Iglesia de Santo Domingo en Manila, por D. Manuel Perez Villamil.—Las tres infancias, por D. José M. de Pereda.—No es nuevo el darwinismo, por D. Joaquin S. de Toca.—Los Grabados, por X.—La Filoxera, por D. Joaquin S. Ibarra.—Jeroglífico.

GRABADOS.—El Barón Enrique Charette de la Contrie.—(Monumentos religiosos filipinos). Interior de la iglesia de Santo Domingo en Manila.—(Calamidades de la agricultura). La Filoxera.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses... 16 rs.
Un año... 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses... 2 1/2 ps.
Un año... 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses... 11 fr.
Un año... 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses... 3 1/2 ps.
Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 14 de Enero de 1880.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año IV.—Tomo III.

NÚMERO 26.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

La vida del año nuevo tiene hasta ahora muy pocos lances.

En los trece días que cuenta no ha dicho aún esta boca es mía. Se conoce que como viejo ochentón quiere estudiar el terreno que pisa antes de lanzarse por el camino de las aventuras.

Año que comienza con desconfianzas, bien puede suceder que acabe con desengaños. Podrá suceder con el año lo que con esos toros de sentido, que al salir al redondel se plantan á la puerta del toril y desde allí escarban con las manos la arena y saludan con inclinaciones de cabeza á los diestros que les echan el capote. Cuando tales fieras se deciden á acometer, son implacables—según opinión de los inteligentes—y en pocos minutos convierten la plaza en campo de Agramante.

Tenemos, pues, al año plantado á la puerta de los sucesos, midiendo el terreno y reconociendo á los diestros para lanzarse con seguridad á la pelea y no errar los golpes. El año 80 promete ser batallador, y no estará demás que vayan apercibiéndose los lidiadores para que no los sorprenda la arremetida de la bestia.

El siglo XIX viene siendo la más sorprendente corrida de toros que pudo concebir Pepe-Hillo: cada año es un toro, y aunque la destreza de los lidiadores se va sobreponiendo á la fiereza de los animales, tanto se repiten las suertes y tan perversos se hacen los años, que es de temer alguna desgracia.

Aquellas novilladas de principios del siglo, son tortas y pan pintado comparadas con las funciones de ahora, porque el ejercicio de la lidia rinde á los lidiadores y aguza los cuernos de los toros.

Para evitar desgracias hay un medio, que el inolvidable Pio IX, con el gracejo que realizaba su benevolencia paternal, nos recomendó en ceremonia solemne: «El toro, con ser tan fuerte y fiero animal, dijo, en ciertas ocasiones se arredra y huye despavorido, y es cuando los lidiadores, formando un haz compacto y unido, hombro con hombro y hierro en mano, se le aproximan á paso lento.» Y después añadió: «¡Oh, queridos hijos! Estemos también nosotros acordes y unidos bajo el estandarte de Jesucristo. Con la Cruz en la mano y en el corazón, podremos vencer á nuestros enemigos, y estrechamente enla-

zados haremos retroceder los toros de la revolución, aunque sean *tauri pingues*.»

Hé aquí la moraleja de nuestra lección de tauromaquia.

El año nuevo ha recibido en herencia de su antecesor las brisas del Guadarrama, que no tienen nada de bucólicas.

Hace años—dicen los madrileños—que no se ha conocido un invierno tan frío como el presente. Que es frío no cabe duda; pero que los anteriores hayan sido calientes ya se puede dudar, recordando un antiguo refrán de la villa y corte: «Nueve meses de invierno y tres de infierno.»

Consuélnense los frioleros con el pronóstico, y añadan por si acaso aquel otro que dice: «No hay mal que cien años dure.»

Pasará el frío como pasó el calor de Agosto, y pasaremos nosotros, que vamos empaquetados en las alas del tiempo.

Y esto nos recuerda la exageración de un amigo nuestro que ponderándonos ayer lo mucho que sentía el frío, nos advirtió que él prefería morir en verano á hacerlo en invierno, pues le aterraba en este tiempo la perspectiva de quedarse helado.

Para que no se queden nuestros lectores hagamos aquí punto al párrafo del tiempo.

El Ayuntamiento de Madrid ha tenido la cruel ocurrencia de erigirle á Calderón una estatua en lo más crudo del invierno.

El pobre Calderón tiene las manos cruzadas y descansando sobre un libro, como si dijese:

Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé que en este estado
Más lisonjero me ví.

La estatua es de mármol blanco y viste el traje sacerdo-



EL BARON ENRIQUE CHARETTE DE LA CONTRIE.

tal. Está sentada como en un banquillo, y tiene á la espalda la figura de la Fama, en ropas menores y acurrucada detrás de Calderon como si quisiera guarecerse del frío. ¿Cuál habrá sido el pensamiento del artista en la disposición del grupo? ¿Habrá querido significar que detrás de Calderon vino su fama? Ni el pensamiento sería exacto, pues el gran poeta disfrutó en vida de los favores de la fama, ni la manera de representarlo sería digna del arte.

Sea lo que quiera, la figura de la Fama está pésimamente colocada, tan mal, que inspira compasión el verla resbalar por el pedestal del monumento, donde el banquillo de Calderon la disputa y escatima el asiento. La figura en sí misma deja mucho que desear: es rígida y seca, carece de expresión y acusa demasiado las imperfecciones del modelo.

En cuanto á Calderon, el escultor no ha sacado todo el partido que podía sacar, ni de la cabeza ni del traje. La cabeza de Calderon, según nos la representan los retratos, es noble, majestuosa, expresiva; tiene los rasgos de la soberanía del genio y de la venerabilidad del sacerdocio católico. En la estatua el semblante está como demacrado, la expresión es muy lánguida y el pelo amanerado y duro. Prestábase el traje á los graciosos plegados de la buena estatuaría griega; y, sin embargo, ya sea por estar sentada la estatua, ya por estar mal echado el manto, ya por ambas cosas, los paños resultan muy pesados y hacen vulgar y desmayada la figura que envuelven.

La escultura en general del monumento, es amanerada; ostenta algunas cualidades dignas de encomio, porque el artista corta con limpieza el mármol y modela bien ciertos detalles; pero creemos que por el sitio que ocupa y por la importancia del personaje, no está la estatua á la altura que era necesario.

No obstante, alabamos el propósito del ayuntamiento, que tenemos por nobilísimo, y aunque la obra no corresponda al deseo, bien se puede decir en presencia de la estatua de Calderon, lo que él pone en boca de uno de los personajes de sus dramas:

Vuestra alteza, señor, sea
Muchas veces bien venido
Al dosel que, agradecido,
Le recibe y le desea;
Adonde, á pesar de engaños,
Viva augusto y eminente,
Donde su vida se cuente
Por siglos y no por años.

Aunque no es el mejor medio de honrar la memoria de un cristiano celebrar en su obsequio funciones teatrales, como se trata de un poeta dramático, puede pasar la que se celebró en el Español la noche del 10 de los corrientes.

Se representó en ella *El Tanto por ciento*, y se leyeron poesías en honor de Ayala, que fueron muy aplaudidas. De las décimas de Cano merecen conocerse las siguientes, donde se clasifican con acierto los méritos del personaje difunto:

Tras de una caja mortuoria
Iba un tropel, al asunto
De llorar por un difunto
Que está muy vivo en la historia.
Honrar su grata memoria
Logró sin duda el tropel,
Mas tanto valía aquel
Que ví en un túmulo, yerto,
Que los que honraron al muerto
Se honraron con ir tras de él.
¿Quién era? le pregunté;
Y dijo uno, indiferente:
Creo que era el presidente
De un Congreso, ó no sé qué;
Mas de nuevo interrogué,
Y uno que estaba mirando
A los que iban desfilando
Detrás de un coche de gala,
Contestó: ¡el poeta Ayala!
(... Ese lo dijo llorando.)

De García Gutierrez se leyó este soneto:

¿De qué celeste númen alcanzaste
¡Gloria del suelo en que rodó tu cuna!
El alto ingenio que al saber se aduna
Como la perla al generoso engaste?

Poeta y orador, raro contraste
De varias dotes; con igual fortuna
En el templo del arte, en la tribuna
Espléndidos laureles conquistaste.

¡Pero nos dejas ya! Dios me es testigo
De que aceptára, inútil, pobre anciano,
Partir yo sólo ó caminar contigo.

Pero ya que mi ruego ha sido en vano,
Te despiden el vate y el amigo,
Y ambos te dicen: ¡hasta luego, hermano!

El jueves 15 se celebrarán en San Francisco el Grande honras religiosas por Ayala, cuya memoria, como tantas otras, caerá pronto en el olvido.

¿Qué es la vida?—Un frenesí.
¿Qué es la vida?—Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño:
Que toda la vida es sueño
Y los sueños sueños son.

Para ocupar en la Academia española la silla que deja vacante Ayala, cítase como el más probable el nombre de nuestro querido amigo D. Gabino Tejado.

Escritor castizo y elegante, orador elocuente, poeta de altos vuelos, polemista de incontrastable lógica, el Sr. Tejado reúne cualidades de primer orden para ocupar un asiento en la ilustre Academia que guarda las tradiciones de nuestra literatura y de nuestra lengua.

Nos gozaremos en que la noticia se confirme, pues á la amistad que nos une con el distinguido colaborador de LA ILUSTRACION CATOLICA, se une el interés que nos inspira la Academia española, donde tenemos queridísimos maestros y amigos del alma.

El Sr. Castelar ha publicado en la *Ilustracion Española y Americana* un artículo, ó más bien, un ditirambo en elogio del festival de París. Hé aquí una de sus frases más salientes:

«Yo me explico una de las más graves crisis de la historia universal por la influencia y poder del baile.»

No hay para qué añadir que el festival de París le parece al Sr. Castelar suceso notabilísimo que hará época en la historia del mundo.

Hasta ahora se representaba á la caridad con nobles atributos: la Edad media la representó con el corazón en la mano elevado hácia Dios y ardiendo en llamas de amor divino: el Renacimiento rebajó el símbolo y la rodeó de niños á quien acariciaba como madre cariñosa; tocábale á la revolución representarla con castañuelas, bailando el bolero.

¿Adónde la conduciría el último progreso de la civilización moderna?

Averíguelo Vargas.

V. P. NULEMA.

LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO EN MANILA.

Es evidente que bajo las altas bóvedas de las catedrales góticas se mecía la cuna de todas las artes, y que el genio cristiano ostentó, llenas de armonía y de luz, todas las flores de su inspiración y de su entusiasmo. Pero esta Catedral gótica, esta nave portentosa que había de conducir á las playas de la Europa moderna las joyas del arte antiguo engarzadas en la corona de Jesucristo, es fruto gemelo de la *Suma Teológica*, nacida en el hogar de Santo Domingo de Guzman para transmitir á los tiempos modernos la luz de la antigua filosofía, purificada en el crisol de la Iglesia.

«El arquitecto del siglo XIII ejercita todos los instrumentos y recursos de la dialéctica, ha dicho un crítico, ya para resolver el problema más complicado de la solidez de los pilares cuando fuerzas contrarias que obran en diversas alturas la solicitan á quebrantarse en sentidos también diversos; ya para evitar los enojosos accidentes producidos al hacer los materiales su asiento. El arte pagano simbolizaba el precepto; el ojival, el argumento, el raciocinio, la enseñanza.»

La Orden de Predicadores nació en este tiempo

para argumentar, para raciocinar, para enseñar, y levantó en la *Suma Teológica* un monumento admirable de la dialéctica cristiana, destinado á defender contra los ataques de todas las herejías la verdad y santidad de los dogmas del cristianismo.

En este concepto, bien puede afirmarse que la Orden de PP. Predicadores no sólo acogió en su cuna las maravillosas invenciones del arte, sino que contribuyó poderosamente á ellas con el cultivo de la dialéctica y de la teología, veneros fecundísimos donde bebieron su ciencia y su inspiración los artistas de aquella época.

Los conventos dominicanos fueron monumentos insignes del arte ojival, y aún hoy subsisten algunos que prueban por su grandiosidad y su peregrina hermosura, los vínculos que desde su cuna unieron á la Orden de Santo Domingo con la manifestación más sublime del arte cristiano.

La revolución, empeñada por su infernal malicia en romper estos y otros vínculos semejantes para despojar de sus glorias á la Iglesia y al arte de sus tradiciones, ha destruido muchos monumentos dominicanos que eran dechados del género gótico. LA ILUSTRACION CATOLICA ha reproducido algunos, y nuestros lectores, á presencia de los grabados que de ellos han sobrevivido, seguramente habrán podido confirmarse en esta idea que nos asalta al hablar de una iglesia de Santo Domingo levantada en este siglo con las formas del décimo tercio.

El templo de Santo Domingo, cuya vista interior publicamos, es el quinto que en el transcurso de dos siglos y medio ha levantado, sobre los mismos cimientos, la Orden de Predicadores en la ciudad de Manila. Los frecuentes terremotos que ocurren en aquel Archipiélago, los accidentes imprevistos de fuegos y huracanes que tantos estragos producen, destruyeron los cuatro anteriores.

El primero lo erigieron de tabla los Padres dominicanos que llegaron á Manila el 25 de Julio de 1587, y se hundió dos años después. El segundo fué obra del P. Alonso Jimenez; era de piedra, y se inauguró el 9 de Abril de 1592. Voraz incendio lo destruyó once años más tarde, teniendo los religiosos el consuelo de encontrar intacta la imagen de su amantísima Madre la Virgen del Rosario. El tercer templo excedió á los anteriores en magnificencia, pues cada nueva catástrofe avivaba el fervor de los católicos filipinos. Pero también subsistió poco tiempo, siendo derribado por un terremoto que causó grandes desastres desde Manila á Cagayan.

Poco después de este nuevo desastre, por los años de 1612, se levantó el cuarto, de piedra y bóveda de madera; pero nueva prueba vino en 1863 á afligir el corazón de los religiosos y fieles de Manila. El destrozo que causó el terremoto fué tal, que nada subsistió que pudiera aprovecharse. No obstante, la fé que traslada los montes levantó aquellas ruinas, y por quinta vez se emprendió la edificación de la iglesia de Santo Domingo.

Al llegar aquí cedemos la palabra al docto y celoso P. Martinez, de quien tomamos las anteriores noticias, pues su nombre vivirá siempre unido á la erección de este templo. «El día de Santa Rosa de Lima, dice nuestro querido amigo, patrona de Indias é ilustre ornamento de la familia dominicana (30 de Agosto de 1864), fué el señalado para bendecir y colocar la primera piedra de los nuevos cimientos. Hizo la ceremonia el M. R. P. Domingo Treserra, provincial, acompañado del R. P. Juan Gutierrez, prior, y siendo padrinos los RR. PP. Francisco Rivas y Ramon Rodriguez, rectores, de la Universidad el primero, y el segundo del Real Colegio de Letran. Dentro de la piedra se colocó una caja de plomo que contenía el acta auténtica de la inauguración de los trabajos, algunas monedas de oro y las medallas de los Santos y de las armas del Orden de Predicadores.

«Concluida la parte del cimiento que, como se dijo, había que añadir al antiguo, comenzaron con grande actividad los fuertes muros de ladrillo y excelente argamasa, que tienen de altura 54 pies. Para darles más gracia y solidez, se los robusteció por la parte exterior con un zócalo de una vara de espesor, del que arrancan botareles ó arbotantes del mismo grueso, distantes entre sí 23 pies, y rematados en elegantes agujas de molave (1) y zinc. Los paños

(1) *Vitex geniculata*. Madera de una consistencia asom-

intermedios tienen todos un hermoso ajimez en la parte inferior, cuyas columnitas y calados son también de molave, por exigirlo así la seguridad, lo mismo que los rádios de las ventanas superiores, que son circulares y de estilo greco-romano. En la fachada principal se dejaron tres grandes puertas ojivales, que como las dos de los costados y las tres ventanas del coro alto tienen calados de la misma madera.

»A pesar de la confianza que inspiran las paredes, se trató de resolver un problema importantísimo para el caso de un nuevo temblor: el de dar al techo propia subsistencia. Levantáronse robustísimas columnas de acle, ipil (1) y molave, maderas de reconocida consistencia en Filipinas, que enlazadas en la parte superior é inferior, según los empalmes, que después de repetidas consultas, parecieron ofrecer mejores garantías de seguridad, pudiesen sostener la bóveda y el cimborio, y dar al interior del templo mayor diaphanía y esbeltez. La bóveda es toda de madera forrada interiormente de zinc ó de hierro galvanizado con molduras de baticulin (2), que partiendo de los capiteles de las columnas, forman un gracioso dádalo de estilo gótico algún tanto renaciente. El cimborio, cuya elevación es de 123 pies, es todo de madera forrado por dentro y por fuera de zinc y hierro, y lo propio se hizo en la parte superior de las dos torres, que parten de los ángulos de la fachada, y tienen 141 pies de altura. Todo con el fin de dar al edificio el menor peso posible en sus remates, consideración que obligó también á renunciar al proyecto de coronar aquellas con dos pirámides afiligranadas, como se había pensado en un principio.

»Tiene la iglesia en su totalidad, 227 pies de largo, sin contar el grueso de las paredes, y 101 de ancho, correspondiendo 50 pies á la nave central de las tres en que se divide. La altura de esta es de 72 pies, y de 54 la de las laterales y capilla del Rosario. De manera que el templo es capaz y desahogado, y contando el coro alto, que corre las tres naves, así como el bajo, que está detrás del altar mayor, el de la capilla del Rosario, y los dos espaciosos presbiterios, podremos calcular su área en la forma siguiente:

PIES CUADRADOS.

Cuerpo de la Iglesia destinado únicamente para los fieles.	16,362
Idem de la capilla del Rosario.	3,738
Presbiterio y coro bajo.	3,168
Presbiterio de la capilla del Rosario.	756
Coro alto.	3,737
Coro de la capilla.	1,092

»Se incluye en las medidas anteriores la capilla del Rosario porque es solamente una prolongación del crucero. Aun podrían contarse los 3,752 pies cuadrados de la sacristía principal, toda vez que de toda ella se ve el altar mayor, y entonces tendríamos que el área total de nuestro templo era de 32,605 pies, ó bien 3,922 varas cuadradas próximamente.

»En cuanto á ornamentación, la iglesia es susceptible de recibir cuanto el gusto ó el capricho bien dirigido quiera colocar en ella, pues hasta la fecha no tiene más que las decoraciones arquitectónicas de las bóvedas, cornisas, ventanas, puertas y púlpito (3). Los cristales son todos de colores, exquisitamente combinados, y traídos de Europa, que contribuyen poderosamente á dar al interior ese aspecto vago y cambiante, que es peculiar del templo cristiano. Hicieron también cuatro retablos, según el diseño y bajo la dirección del P. Joaquín Sabater, profesor de dibujo en la Universidad. El del Rosario, que tiene tres altares, presenta en hermosos medallones de relieve los quince misterios de que aquel se compone, además de los emblemas de la letanía

brosa y que aún puesta á la inclemencia, es preferible en este país á la piedra.

(1) El ipil pertenece al género *Eperua* de Linneo. El hargue ó columna interior de la torre del lado del Evangelio que tiene 802 pies de altura, y es de ocho piezas de ipil, pesó 2,856 arrobas. Levantóse el 31 de Diciembre de 1866. El acle, del género *Mimosa*, es árbol fuerte de primera magnitud.

(2) Se aceptó el baticulin, *Otax*, por ser sumamente ligero é incorruptible, resguardándolo de la humedad.

(3) El púlpito, debido también á la laboriosidad y conocimientos del P. Sabater, es una graciosa y bien ejecutada imitación de el de San Esteban de Viena.

lauretana y las figuras de los apóstoles y profetas, todo de alto relieve. Las imágenes de Santo Domingo, Santa Catalina y los cuatro Evangelistas, son de cuerpo entero, y la de la Virgen del Rosario es la misma que mandó hacer el gobernador Das Mariñas. Hay en la misma capilla otros dos retablos sencillos, también de forma ojival, dedicados á Santo Tomás de Aquino y á San Vicente Ferrer.

»Un hermoso y ligero templete dorado, de dos cuerpos, con graciosísimos trepados afiligranados, colocado en el fondo del semicírculo en que termina la nave central, constituye el altar mayor. Como las naves laterales dan vuelta al presbiterio, queda detrás del altar un coro desahogado, separado sólo de aquel por delgadas columnitas en haz, lo cual casi se hace indispensable en la liturgia dominicana, so pena de tener que confundirse con el pueblo en muchos actos del culto. En el primer cuerpo del templete se colocó la imagen de N. P. Santo Domingo, titular de la iglesia, y en el segundo la de Santa María Magdalena, que lo es de la provincia (1), y en las columnas del presbiterio las de varios santos españoles del Orden de Santo Domingo. Tal es la decoración actual del quinto templo de Santo Domingo, edificado después de 1863, á la que, si añadimos algunos templetes y hornacinas de la fachada y de las torres, y las almenas que coronan el cimborio, habremos completado nuestro resumen (2).»

Nombrado Provincial el M. R. P. Payo en el Capítulo de 1867, imprimió á la obra vigoroso impulso, y el día 14 de Agosto fué colocada en la capilla del Rosario la imagen de Nuestra Señora, que hacía cuatro años se hallaba como en cautiverio.

Los trabajos continuaron sin interrupción, y el 16 de Marzo del año inmediato, pudo bendecir el nuevo templo el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Mariano Cuartero, primer Obispo de Jaro. Al día siguiente se cantó la primera Misa, en la cual el P. Martínez Vigil pronunció elocuentísimo sermón, que tenemos á la vista. «La religión, comenzó diciendo el docto dominico, siempre fecunda en inspiraciones sublimes, ofrece hoy á la contemplación de los hijos de Luzonia, una de aquellas ceremonias augustas del culto católico, que á la par que abren el corazón á la más grata esperanza, patentizan la protección benéfica con que Dios distingue á un pueblo fiel. Manila, á su vez, llena de justa gratitud y de religioso entusiasmo, reúne á sus ciudadanos en torno del altar santo, para recordarles un hecho aciago de nuestra historia contemporánea, una prueba ruda, que en días no remotos se dejó sentir con todo el peso de una expiación sobre un pueblo consternado; y para excitarles á bendecir la misericordia siempre grande con que plugo al Señor poner fin á aquellos males, y permitirnos reanudar nuestros cánticos de alabanza.»

La vista que publicamos está tomada de una fotografía algo pálida, que nos ha remitido nuestro activo corresponsal de Manila. Aunque imperfecta, da idea del edificio, y servirá para divulgar su memoria y su ejemplo en España.

Al considerar que en dos siglos y medio se ha reedificado cinco veces este templo, y que el actual es obra de cuatro años, ocurre pensar la ventaja que los católicos filipinos han tomado á los de la metrópoli, donde apenas se restaura ningún templo, y el levantar una iglesia es obra larguísima y punto menos que imposible. En otro tiempo nuestras colonias eran también nuestros discípulos en el cultivo de las letras y en las prácticas del arte; pero hoy ¿podemos decir otro tanto?

Agradecemos á las Ordenes religiosas que se conserven en nuestras posesiones ultramarinas, y especialmente en Filipinas, los sentimientos de religión, que son garantía de la integridad de la patria.

Que el templo de Santo Domingo de Manila sea para siempre prenda sagrada de este vínculo entre las islas del Archipiélago y la cuna del santo fundador de la Orden insignie de PP. Predicadores.

MANUEL P. VILLAMIL.

(1) Habiendo fondeado en Cavite el día de Santa María Magdalena los primeros PP. que vinieron á Filipinas, la tomaron por patrona.

(2) La pintura fué dirigida por D. Agustín Saez, Director de la Academia de esta capital.

LAS TRES INFANCIAS. (1)

He de decirlo, aunque el atrevimiento me cueste una multa municipal: para un hombre de mi temperamento, por no decir idiosincrasia, tiene gravísimos inconvenientes la amistad de un señor alcalde, á cuya persona se profesa un arraigado y (por desgracia mútua) ya viejo cariño, afianzado con el doble remache de sus raros talentos y no comunes virtudes. Cuando un amigo semejante se nos acerca, y otorgando á nuestro ingenio una alcurnia que no tiene, nos pide una chispa de su luz para convertirla en pan para los menesterosos, no hay medio de resistirle, ni de negarle un esfuerzo heroico en pró de su noble intento. Y entonces se llama á las puertas del ingenio, holgado y desprevenido; pero el ingenio, que parece fundido en corazón de avaro, echa todos los cerrojos de su mazmoara, y más se esconde cuanto más se le invoca.

Y aquí las perplejidades y las angustias; porque la súplica es mandato, y el tiempo avanza, y el término fatal se acerca, y lo que era crepúsculo en la mente, llega á hacerse noche tenebrosa.

Expongo estos hechos ante el insigne jurisculto, para que en aprecio los tome el magistrado, como razones atenuantes, si mi franqueza llega á parecerle merecedora del papel en que se saldan con la autoridad las cuentas de desacato á ciertos preceptos de sus Ordenanzas; ó no la halla bastante castigada con haberme sacado al palo, que no otra cosa es, en sustancia, poner á un hombre avezado á la oscuridad de todos los aislamientos, en estas alturas por tantos soles alumbradas y expuestas al rigor de todos los huracanes de la crítica.

Siguiendo en mis propósitos, digo que es fama que el aire libre, sin los ruidos ni el vaiven de la civilización, es un gran inspirador de ideas y un desinteresado y docto consejero.—Yo no lo dudo, aunque tengo para mí que con esta receta se han cogido más catarros que pensamientos. Pero es innegable que hay un instinto que le arrastra á uno lejos del rumor de las gentes cuando tiene necesidad de reconcentrar las fuerzas del espíritu; y que ese instinto me sacó de mi guarida en la ocasión citada, y me condujo, si no al campo, porque estaba este lejos, y yo perezoso, á cosa que en algo se le parecía, bien que no en colores, en aromas ni en frescura. Sentéme al pie de *añoso tronco*, como dicen los bucólicos; y no en mullida y olorosa alfombra, sino en duro y empedernido banco, á la sombra del escudo y desgarrado ramaje, porque las tiernas hojas aún dormían arrebujadas en los pliegues entreabiertos de sus yemas.

La condición humana tiene tendencias inexplicables. En los conflictos más graves del espíritu, suelen los hombres preocuparse con los sucesos más triviales. El reo que aguarda la sentencia del tribunal que puede enviarle al patíbulo, acaso se entretiene en contar los clavos de la puerta tras de la cual deliberan sus jueces, ó en traer á su memoria el día y el precio en que compró los zapatos que lleva puestos.—No hay ejemplo de persona que al resbalar en la calle y caer al suelo, y quedar en él descalabrada y quizá sin sentido, no trate de indagar antes que la gravedad de su herida, la causa del resbalon, ni que deje disputar acaloradamente sobre si la cáscara que pisó es de limón ó de naranja, como haya quien sostenga lo contrario.

Solicitado yo de la propia inexplicable tendencia, al sentarme aquel día en demanda de una idea adecuada á mis intentos, comencé por hacer rayitas caprichosas en la arena del suelo con mi bastón; después puse todo mi conato en demostrar prácticamente sobre el propio terreno y con la misma herramienta, la exactitud del teorema geométrico que dice que la superficie de un rectángulo es igual al producto de la base por la altura, cosa que siempre me tuvo sin cuidado, como ustedes pueden comprender, sin que yo lo afirmé; después tracé caprichosas cifras, y dibujé barcos, y hasta retraté de perfil á mis amigos.

Cuando me cansé de dibujar, dí en el ánsia de reparar en los transeúntes; si eran rubios ó trigue-

(1) Este artículo fué leído por su autor en una velada literario-musical dispuesta por el Alcalde de Santander, don Tomás C. de Agüero, á beneficio de los pobres.

ños, si altos ó bajos, si pobres ó ricos; en qué iría pensando el de la cara hosca y encorvada cerviz; de dónde vendría la que á tales horas tan menudito pisaba, y con empeño recataba la faz; adónde iría á comer, qué comería, qué habría cenado, en qué lecho dormiría aquel infeliz de rostro macilento, mal calzado y peor vestido, en cuya mirada triste y angustiosa parecía reflejarse el deseo de trocar la memoria de pasadas abundancias por un mendrugo de pan y una camisa; cómo y de qué viviría el exótico chulo de ceñidos pantalones, charolada bota, rizada pechera, relumbrante leontina y exagerado chambergo; por qué funesta preocupacion juzgaría un mozo sin chaqueta y desaseado, que el ser descortés y blasfemo al pasar por delante de mí, le daba gran importancia y respetabilidad; por qué no hay leyes que castiguen á los blasfemos como á los ladrones,

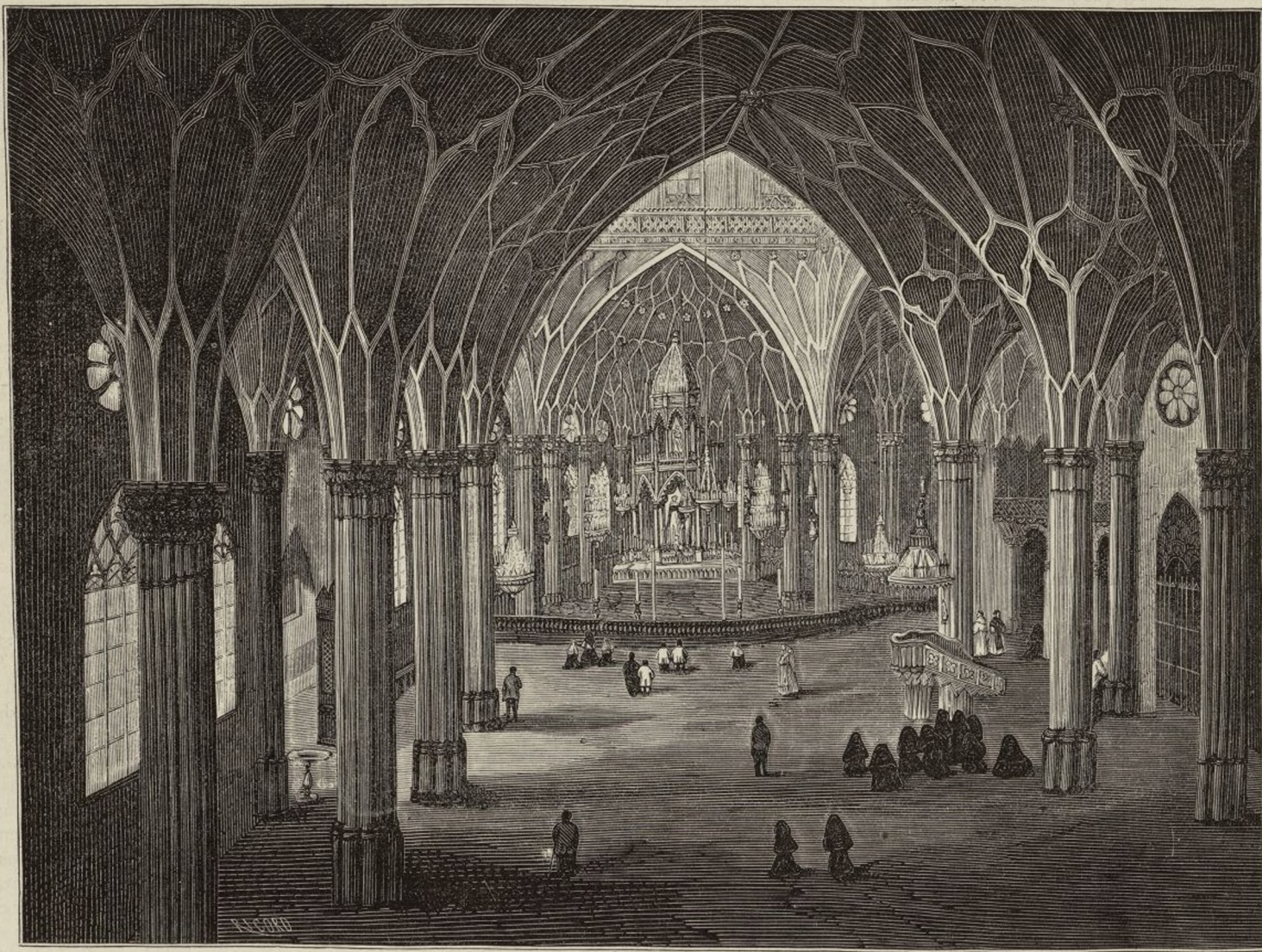
mientras llega á ser un hecho que la cultura no es enemigo mortal de la taberna, como aseguran los que dicen entender mucho de achaques de moralizar sin Decálogo ni carceleros...; por qué el mísero jumento que por más allá pasaba zarandeando las orejas, con una carga que le doblaba el espinazo, no recibía de su ingrata conductora, en recompensa de sus fatigas, más que una lluvia continua de varazos; si, bien pesados el entendimiento de la una y el instinto bestial del otro, no tendría la balanza el capricho de inclinarse hacia el platillo del cuadrúpedo; qué papel le estará destinado en el sublime escenario de la creacion, donde nada huelga, al diminuto insecto que se retorcia esforzándose por apartar un grano de arena que le obstruía su camino... Preocupéme, en fin, con todo menos con lo que debía preocuparme en aquellos momentos, cuando acertó á

pasar por delante de mí un verdadero enjambre de niños corriendo como liebres perseguidas por un galgo. Habíalos rubios, morenos, rollizos, cenceños, y el más tallado no pasaba de esa edad encantadora de la sinceridad y de la inocencia; niños, verdaderos niños, libres, sueltos, revoltosos y bullangueros, que gritaban saltando y corriendo sin cesar, sudaban más por los gritos que por lo que corrían.—No podía ofrecérseme tentación que más lejos de mis intentos me arrastrara.

Mi vista se fué tras ellos, y con la vista el último recuerdo de mi compromiso.—Jugaban al marro, y me interesé en el juego, lo mismo que si en él tomara yo parte.

De pronto observé que los gritos crecían, que los dispersos se agrupaban, y que del grupo salía uno como disparado hacia mí, con la hermosa faz des-

MONUMENTOS RELIGIOSOS FILIPINOS



INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO EN MANILA.

(De fotografía.)

encajada y los ojos anhelantes, perseguido por un camarada, que según apretaba los dientes y la carrera, debía tener gran empeño en alcanzarle. Al ver la expresión angustiosa de aquella linda criatura, y temiendo lo que al cabo sucedió, levantéme para salir á su encuentro. Pero ya era tarde. El pobrecillo dió un paso en falso y cayó al suelo; y únicamente pude evitar que se lastimara la cabeza con los guijarros. El otro niño retrocedió como una exhalación en cuanto vió caer al fugitivo.

Apresuréme á levantar á este, y procuré consolarle, esperando que tan pronto como se incorporara, comenzaría á poner el grito en el cielo. No bien

estuvo de pie, fijó en mí sus grandes ojos azules, de los que se escapaban dos enormes lágrimas, y lanzó de lo más hondo del pecho un suspiro trémulo é interminable.

—Ahora empieza,—dije para mí.—Pero me llevé chasco. El atribulado niño sorbió sus lágrimas en cuanto llegaron á perderse entre los húmedos corales de sus labios, y devoró otro suspiro que aún se le escapaba.

—¡Bravo!—exclamé dándole un beso.—Así se portan los valientes. ¿Te has hecho daño?

Y el chico, sin contestar á mi pregunta, se sacudió el traje precioso de terciopelo que vestía, con

el gorrito escocés que se quitó de la cabeza, y se limpió el sudor de su linda cara con un pañuelito que á duras penas y después de meter el brazo hasta el codo, sacó del bolsillo de su pantalón bombacho. Limpiábale yo también y le arreglaba los desordenados rizos de su cabellera rubia, cuando después de lanzar el tercer suspiro, me dijo poniéndose muy cuadrado:

—¿Vé usted qué *traidoria*?

—Pero ¿qué te ha pasado, hijo mío? le pregunté.

—¡Ese Gabelon!...—me respondió con ira,—que estábamos jugando al marro, y salí yo, y *dipés* toqué, y como él me pillaba, yo no me podía pillar,

porque yo toqué... y dipés saqué nu poquitin el pié... así, así no más, y porque le saqué dice que no toco, y me pilla, y dice que *japillao!* dipés digo yo que eso no vale... y me escapé... y va él y me quiere pillar otra vez, y como me tiene tirria... me caí.

—¡Picardía como ella!—¿Y por qué te tiene tirria?

—Porque esta mañana *sabí* el *Feuri* mejor que él, y á mí me dieron *vale*, y él echó *tes* borrones en la plana... Por eso.

—¡Dígle á usted con Gabelon!... ¡Habrás visto envidioso y desaseado!... ¡Tres borrones en una plana!... ¿Y qué le dijo el maestro?

—Le pegó *tes* coquetazos.

—¡Bien hecho!

—Y *dipés* le volvió á palotes.

—¡Chúpate esa!... ¿Y de qué escribes tú?

—De *Zaramagullon*.

—¡Hombre!... ¿Y qué es eso?

—De *pimera* con ese *letero*.

—Ya. Y ¿cómo te llamas?

—Pelín Benabé de lo Zantos.

—¡Cáspita! me parece mucho.

—¿Po qué?

—Porque como eres tan chiquitín...

—¿Y qué?

—Y son tantos los nombres, no podrás con ellos.

—Ya queceré yo más.

—Cierto es. Y cuando crezcas ¿qué vas á hacer?

—Cuando yo sea gandon, gandon, voy á ser general.

—¡Hola!

—¡A mí me gusta mucho ser general!

—¿Por qué?

—Porque los generales tienen pumero en el ti-cornio, y banda y sable de oro, y muchas cuces en la casaca; y cuando pasan, todos los soldados les hacen la vénia; y van á caballo... y comen con el rey.

—Bien está eso; pero los generales, amigo Pedrin, van á la guerra, y allí...

—Dice papá que no.

—Muchos hay de esos, según cuentan; pero algunos van á ella y salen heridos.

—¿Y se mueren?

—A veces... Pero vamos á ver; si tú fueras general ahora mismo, ¿qué harías?

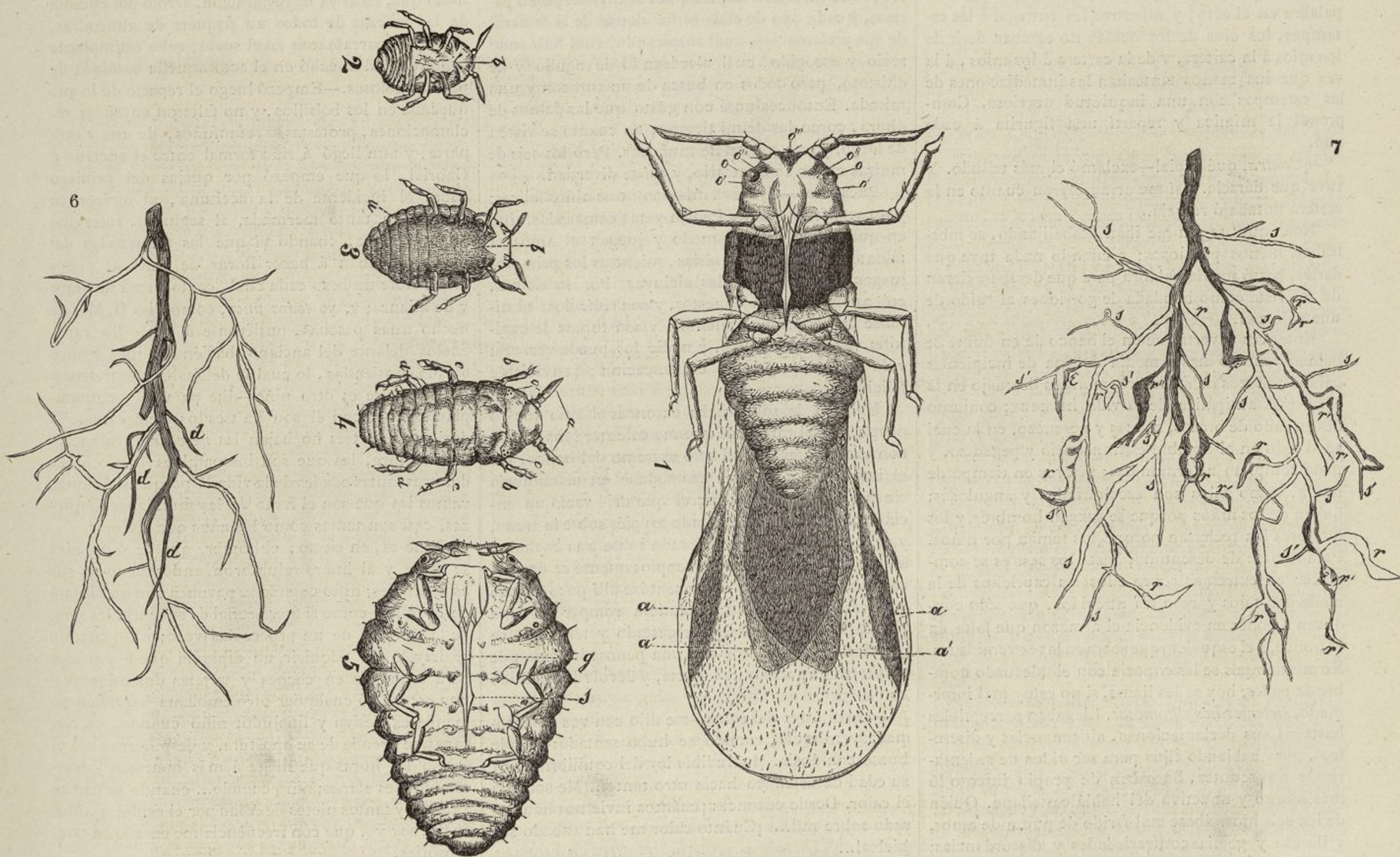
—Lo primero, llamar á los civiles y pender á Gabelon.

—Lo sospechaba.

—Poque Gabelon me hace mucho de rabiarse.

Mientras así, y por el estilo, departía yo con Pedrin, el llamado Gabelon había llegado junto á sus camaradas, un tanto sobresaltados al ver caer al fugitivo, y no poco recelosos al contemplarle luego bajo mi protección. El causante, más valiente ó más curioso, después de enterarse de todo y de meditar un momento, salió del grupo; y arrojándose á los árboles, y haciendo una paradita en cada uno de ellos, durante las cuales se roía la yema del índice, sin dejar de mirarme de reojo, llegó hasta el banco

CALAMIDADES DE LA AGRICULTURA.



LA FILOXERA.

1.—FILOXERA ALADA.—o, ojos compuestos de muchos cristalinos; o' ojos esféricos formados por tres cristalinos, correspondientes á los ojos de la Filoxera aptera; o'' ojos simples laterales; o''' ojos simples frontales; a, primeras alas ó alas superiores; a', segundas alas ó alas inferiores.
2.—FILOXERA MACHO, vista por debajo.—b, boca rudimental sin chupador.
3.—FILOXERA HEMBRA, vista por debajo.—b, boca rudimental sin chupador; u, ovario visto por transparencia.
4.—LARVA DE FILOXERA, poco después de la primera mudanza.—a, antenas; b, c, d, garras; o' ojos formados por tres manchas de color rojo.

5.—MADRE APTERA partenogénica de la raíz, vista por debajo.—g, vaina del chupador; i, chupador.
6.—RAÍZ DE LA VID SANA.—Las raíces están lisas, sin hinchazón.—d, raíces muertas y negras.

7.—RAÍZ DE LA VID ATACADA POR LA FILOXERA.—i, raíz sana; i', raíz sana nacida sobre hinchazones; r, hinchazones producidas por la Filoxera; r', hinchazones producidas por la Filoxera, desarrolladas sobre otras hinchazones; r'', hinchazones marchitas de color negro, y en estado ya de descomposición.

inmediato al que yo ocupaba. Pronto imitaron el ejemplo sus camaradas, acercándose poco á poco, con las caras compungidas y dando á sus respectivos continentes el aire más inofensivo y bonachón.

Era el enemigo de Pedrin trigueño, de ojos de terciopelo, tan negros como centellantes, de blanca y apretada dentadura, lábios finos y un tanto desdentados, muy rollizo y bastante desaliñado en el vestir.

—¡Ven acá, buena pieza!—díjole cuando estuvo á pocos pasos de mí.—¿Por qué tienes tirria á Pedrin?

Decir yo esto, y rodearme la infantil muchedumbre, fué una misma cosa. Saeteábanme sus ojuelos

con verdadera avidez, y aquel racimo de angelicales cabezas y de cuerpos entrelazados, traíame á la memoria el famoso capricho de la *Fecundidad*, que eternizó el pincel del Ticiano.

Callóse Gabelon á mi pregunta, y respondióle un camarada desdentado, por estar en la mudanza de los incisivos:

—¡No le tiene tirria!

—Pues ¿qué le tiene, sinó?—repliqué fingiéndome muy serio.

—No sé yo qué le tendrá—repuso muy grave el entrometido.

Otras voces salieron también del grupo, y aunque

negando todos los supuestos rencores de Gabriel, acusáronle, unánimes, de ser muy dado á pintar sabandijas en las márgenes de las planas y á hacer pajaritas con las hojas del Catecismo, cargos que escuchaba el acusado balanceando el cuerpo, recostado contra el árbol, y arrancando media suela descosida de uno de sus zapatos, con el otro pié.

Toméle yo de todo esto para entrar en animado diálogo con todos ellos; y tras larga y bulliciosa sesión, á duras penas los puse en orden y en silencio, contándoles, entre otros, el cuento de *Alt-Babá*, ó sea el de *Los cuarenta ladrones [exterminados por una esclava]*. Cuando los ví más hechizados con los

recuerdos del tesoro, que yo les había descrito á mi manera, de la caverna misteriosa que franqueaba sus puertas á la mágica frase de *¡Sésamo abrete!* propuse la paz entre los dos enemistados camaradas.

—¡Es un *cascarruña*... y muy *acusón!*—dijo Gabriel.

—¡*Mecachis!*—respondió Pedrin con cierta sonrisa irónica.

—Y si—añadió el otro—siempre está poniéndome en mal con D. Moisés.

—¿Quién es D. Moisés?

—Un señor muy viejo que *juba* aquí con nosotros.

—Pues es preciso que hagais *llas paces*, ¡caramba!

—¿Yo con ese?...

—¡Para él estaba!...

—Ahora lo veremos.

Dije y saqué la cartera. Al verla, el enjambre se echó sobre mí. Teníala bien repleta de estampitas y otras puerilidades análogas; porque es de saberse, que aún sin las eventualidades de la calle, no me faltan ocasiones de desocuparla muy á menudo. Ofrecí las mejores á los dos enemigos rapaces, á condición de que se abrazáran, y sin quitar los ojos de la cartera estrujáronse heroicamente. Cumplí mi palabra en el acto, y mientras les entregaba las estampas, los ojos de los demás no cesaban de ir de los míos á la cartera, y de la cartera á los míos, á la vez que sus manos tanteaban las inmediaciones de las estampas con una inquietud nerviosa. Comprendí la mímica y repartí una figurita á cada uno.

—¡*Contra*, qué lápiz!—exclamó el más tallado. Y tuve que dársele. Así me arramblaron cuanto en la cartera flotaba ó relucía.

Noté que, según me iban desbalijando, se mostraban menos pegajosos; y cuando nada tuve que darles, bastó media palabra para que desaparecieran de mi vista como bandada de gorriones al ruido de una palmada.

Entonces advertí que en el banco de en frente se habían sentado hasta media docena de incipientes galanes; mozos de semillero, metidos de cuajo en la edad más antipática de la vida humana; conjunto desgarrado de brazos, zancas y pescuezo, en la cual edad todo en el hombre es transitorio y pegadizo, y nada completo ni armonioso; pájaros en tiempo de muda, como ellos son escalofriados y angulosos; huyen de los niños porque se juzgan hombres, y los hombres los rechazan porque los toman por niños. Para remate de desentono, hasta los sastres se complacen en extremar sobre ellos los caprichos de la moda con tajos y recortes atrevidos, que sólo conducen á poner en evidencia el armazón que falta en el tronco, ó el esqueleto que sobra en las extremidades. En mis tiempos se los conocía con el adecuado nombre de *pollos*; hoy se les llama, si no estoy mal informado, *sietemesinos* y *gomosos*. Llegaban perceptibles hasta mí sus declamaciones, altisonancias y discreteos, pues hablando ellos para ser oídos de sedentarios y transeúntes, buscaban de propio intento lo más sonoro y atractivo del habla castellana. Quién de los seis mostrábase mal herido de punta de amor, y lloraba y gemía contrariedades y discordancias; quién, más feliz en sus empresas, dábale amparo y consejo, y afanábase por pintarle como artificios y disimulaciones lo que el atribulado tomaba por desdenes ciertos y coqueterías probadas; quién, pellizcándose el musgo mal nacido de su lábio, y frunciendo los dos con menosprecio, burlábase del candor de los amantes que aún creen en el amor y en las mujeres, porque él, á los diez y ocho años que á la sazón contaba, tenía petrificado el corazón á fuerza de desengaños y mentiras.

Otro, nacido para amar, no hallaba ocasión propicia para mostrar su corazón abierto á tantas mujeres que parecían venidas al mundo para corresponderle.

Otro estaba por las glorias de la inteligencia, y no aceptaba el amor sino como resorte para mover á los personajes de sus creaciones en proyecto. Tenía un drama comenzado y tres novelas en embrión, y estudiaba el carácter y la situación de aquellos sus amigos para reproducirlos en la escena y en el libro. El último, lácio, encanijado y escrofuloso, no hablaba sino para echar por aquella boca estocadas y pistolazos, cuyos *medios*, según la experiencia se lo demostraba cada día, eran los únicos que todo hombre de corazón, como él, debía aceptar para

desembarazar de dificultades el sempiterno drama de la vida.

Á lo mejor del cacareo venían á enardecerle el sastre y el zapatero, como accesorios del asunto principal, pues no faltó quien achacase parte de un fracaso galante, á la influencia de un levitín con dos centímetros de más en la longitud de las haldillas, ó á la de un punto menos en la altura de los tacones. De aquí se pasó á ponderar la fortuna de los elegantes que hallan en las grandes capitales *artistas* de talento que comprenden la filosofía del corte y la estética de la moda, haciendo así que las clases no se confundan, y brillen en todo su esplendor de cuna los jóvenes distinguidos y elegantes.

En estas y otras comenzó á poblarse el sitio de paseantes, y noté que algunas parejas femeninas, sólo con pasar por delante de los gomosos, dejáronlos como petrificados en el banco. Callaron todos de repente, y el tierno y el desdénoso, el poeta y el espadachín, el más tímido y el más osado, pusieron los ojos tiernos y en exhibición el atractivo que en más estima tenían; quién la cabellera, quién la curva del pecho, quién la rectitud de la pierna, quién los dientes, quién el pie, y todos, unánimemente, los puños de la camisa. Despues se dividieron en parejas, y cada una de ellas se fué detrás de la femeníl de sus preferencias, cuál suspirando, cuál hablando recio y escogido, cuál alardeando de agudo y de chistoso, pero todos en busca de un corazón y una mirada. Entonces noté con gusto que las damas de ahora, como las de mi tiempo, en cuanto se visten de largo, ya no gustan de muñecos. Pero los seis de marras creían lo contrario, y así se divertían.

Pues estos—dije para mí—son otros niños felices; y no se diferencian de Pedrin y sus camaradas, sino en que visten de otro modo y juegan al amor, al talento y á otras cosas serias, mientras los primeros juegan al marro ó á las aleluyas. Por lo demás, créense hermosos y apuestos, y son ridículos; admíranse de sus propios talentos, y son tontos de capirote; júzganse amados, y nadie los puede ver. Su vida es una constante equivocación; ¡envidiable felicidad!

Un rayo de sol bañaba entonces el sitio que yo ocupaba, y el miedo de que me calentara los cascotes con exceso, llevéme al otro extremo del banco. En el instante en que me acomodaba en el sombrío rincón, llegaba á ocupar el que dejó vacío un anciano octogenario arrastrando los pies sobre la arena, y el cuerpo vacilante encorvado sobre una cachaba. Eligió el punto en que más copiosamente se desparamaba el manojo de sol, y sentóse allí poco á poco y agarrándose, como si temiera romper en una brusca sacudida el hilo desgastado y ténue de su existencia.—Saludóme con una penosa inflexión de su pescuezo y una mirada yerta, y devolvíle el saludo con respeto.

—Usted huye del calor—me dijo con voz desentonada y trémula, cuando se hubo sentado:—yo le busco con ansia. ¡Ineludible ley del equilibrio!... A su edad de usted yo hacia otro tanto... Me sobraba el calor. Desde entonces ¡cuántos inviernos han pasado sobre mí!... ¡Cuánto calor me han robado sus hielos!...

Sin dejarme decir algunas palabras de pura cortesía, continuó así el buen señor:

—Se reirá usted de mí, porque apenas despliego los labios, comienzan á asomar la oreja mis *manías de viejo*... Así llaman los jóvenes á nuestra afición á evocar recuerdos de otras edades... Hay mucha injusticia en eso. Quien, como yo, no tiene por delante más que una tumba y una mortaja, cuadro en verdad poco risueño y deleitable, necesita volver los ojos á lo pasado, para no morir de tristeza; y cuanto más lejos mejor... Por eso me gustan tanto los niños. Ellos vienen, yo me voy: nos encontramos en la puerta del mundo, unos entrando y otros saliendo. Viajeros con opuesto rumbo, que hacemos una parada en una misma estación y comemos en la misma mesa. Ellos me hablan de lo que vienen á buscar, yo les hablo de lo que por acá dejo... Esto divierte y consuela. El resto de la humanidad ya no me pertenece, como no me pertenece lo que conduce el tren que se cruza con el que á mí me lleva á la eternidad. Alargar todo lo posible los momentos de parada á fin de que dure un poco más la compañía de la mesa, es ya mi único negocio. A él me consagro tiempo há, y aquí me vengo todos los días, como un niño, á jugar con estos niños... ¿Por dónde

andan esos diablejos?... Hélos allí... ¡Qué monisimos son!... Verá usted lo que tardan en asaltarme... y en desbalijarme... Afortunadamente vengo hoy bien pertrechado de metralla para defenderme. Caramelos... rosquillas... estampas; y en este otro bolsillo medio quintal de *pacencias*... ¡Cuánta necesito á veces para armonizar tantas cabecitas sin tornillo, y para no enfadarme!... ¡Sí señor, para no enfadarme!... ¡Ahí anda un Gabrielon travieso y mal intencionado!... Ayer me tiró con una aceituna desde su balcon... Pues mire usted, sentí aquel golpe como si hubiera sido un balazo... porque ni yo le había dado motivos para ello... ni está bien que así se trate á los mayores, bajo ningún pretexto... ¿No lo dije? ¡Ya está la nube encima!...

En efecto, la misma que poco antes había caído sobre mí, pero lenta y apacible, envolvió al octogenario tormentosa y rugiente. Entre gritos de «¡papá Moisés, señor don Moisés!» y alguno de «¡Señor Matusalen!» que yo jurara que procedía de los pulmones de Gabrielon, aquella muchedumbre estrujó al anciano, asaltándole por piernas, brazos y cabeza. Quién le besaba, quién le sacudía, quién le interpelaba, quién, más osado, le registraba los bolsillos... hasta que, farto ya de respiración, arrojó por encima de las cabezas de todos un paquete de almendras, que se desparramaron en el suelo; cebo estimulante sobre el cual se echó en el acto aquella bandada de pájaros golosos.—Empezó luego el reparto de lo que quedaba en los bolsillos, y no faltaron entonces reclamaciones, protestas y refunfuños, de una y otra parte, y aún llegó á riña formal entre el anciano y Gabriel, lo que empezó por quejas del primero sobre el incidente de la aceituna, al ofrecer su ración, un tanto mermada, al segundo. Intervine poniendo paz, cuando ví que las sequedades del muchacho iban á hacer llorar de pena al pobre viejo; dióle un beso cada cual, como firma de amor y de alianza; y, ya *todos unos*, como dijo D. Moisés hecho unas pascuas, pusieron á jugar los rapazuelos delante del anciano, haciéndole juez árbitro de sus contiendas, lo cual le deleitaba y entretenía.

Pues este es otro niño—dije para mí, contemplándole;—y con él son ya tres los ejemplares. Es decir, que de tres no bajan las *necesarias* infancias del hombre, las que son inseparables condiciones de otras tantas edades de la vida... porque si á sumar vamos las que son el fruto de las mundanas flaquezas, casi son tantas como los años que vivimos.

Niño es, en efecto, el hombre que de vanidades se nutre y al huero relumbron endereza todas sus aspiraciones; niño cuando se pavonea con un cintajo en la solapa como si fuera señal de sus virtudes y no de la amistad de un prócer dadivoso; niño cuando se desvela por adquirir un diploma que le autorice para estampar en coches y tarjetas dos calderos y una escoba, ó cualquier otro emblema heráldico no menos expresivo y linajudo; niño cuando, ya con canas, se prenda de su apostura, y despilfarra ante el espejo las horas que niega á más honrosos y trascendentales afanes; niño cuando... cuando se parece á tantos y tantos nietos de Adán por el estilo; y niño, en fin, soy yo, que con frecuencia me enredo en tales filosofías.

Pero volviendo á los niños ochentones ¡cuántos hay, en uno y otro sexo, que han tomado la ciencia, las letras, las artes ó la caridad, por *juguete*, y dejan el sendero de su vida lleno de luz y de beneficios, en bien de sus semejantes!... Preciso es convenir en que estos niños tienen mucho de ángeles... Y conviniendo en ello, forzoso es declarar que la raza de Cain no es tan mala como su fama la pinta.

Pensando así, levantéme con rumbo á mi casa; pero nuevos aires me soplaron, y á otras regiones más intranquilas me condujeron las ideas. Y extendí la mente por los campos de la historia, y al ver la haz de la tierra cubierta de ruinas y de cadáveres; á las razas luchando contra las razas; á las ideas contra las ideas; al ver la fuerza convertida en derecho, y á los pícaros en la cumbre de los honores, y á los buenos en el abismo de todas las desventuras; á la mujer holgada y consentida, arrojando á los pies de su amante el honor de su marido; al marido mancillando en torpes mancebías la fé jurada en los altares; al ver al poderoso explotar al necesitado, y al necesitado escupir la mano que le dá la hogaza; al ver aquí el látigo, allí la tea, acá el atropello, allá la asechanza, y en todas partes y en todos tiempos y á todas horas, el orgullo, la soberbia, la envidia, la

venganza, imponiéndose al mundo como una calamidad incontrarrestable,—¡ay! exclamé en mis adentros—¡niño es el hombre, y aun con frecuencia es ángel; pero también es tigre carnívoro en cuanto arroja á Dios de su conciencia!

Dicho se está que este hallazgo no me satisfizo tanto como el anterior; pero consoléme mucho al caer en la cuenta de que si Dios entregó el mundo á las ambiciones y á las disputas de los hombres, también infundió en los buenos el sublime sentimiento de su caridad para ejemplo de verdugos y consuelo de perseguidos y desheredados.

Y andando, andando, con la mente abismada en tan santas cavilaciones, mi capa no parecía.

Y las horas corrieron, y los días pasaron, y la inspiración no vino, y llegó el trance fatal, y traje á la banca de los reos... desde el cual me atrevo á suplicar, después de llamar á las puertas de vuestro corazón con las narradas dificultades, como testimonio fiel de una heroica voluntad, que la tomeis en cuenta para absolverme de las confesadas culpas de mi torpe ingenio.

JOSÉ M. DE PEREDA.

Mayo de 1878.

NO ES NUEVO EL DARWINISMO.

Pero no busquemos precedentes en los tiempos primitivos: creemos que no queda memoria de las primeras edades, así como de las cosas que suceden hoy tampoco habrá recordación entre aquellos que han de ser en lo postrero; y nos parece empresa tan descabellada, como de ningún provecho, la de averiguar si ha habido ó no hombres cuadrumanos y con cola, si Sesostris era ambidextro y si Artajerjes se llamó Longimano porque le caían los brazos hasta la rodilla, ó bien porque tenía una mano más larga que la otra. Demasiado hay que aprender en los tiempos históricos, para no distraerse con mitologías de edades fabulosas. Además, como estamos presenciando diariamente casos de sabios que con el saber se vuelven tontos por meterse en honduras, no nos seduce el camino por donde con tanta facilidad se pierde el juicio. Para demostrar, pues, que nada nuevo han inventado el darwinismo ó el evolucionismo modernos, y que su obra se ha reducido á desenterrar y escribir en serio y con tono científico patrañas que en todo tiempo hicieron las delicias de los ingenios de gusto pervertido y aficionados á cavilidades extravagantes, preferimos fijarnos en épocas y libros que relativamente pueden llamarse recientes, aunque lleven dos ó tres siglos de fecha. Así habrá menos lugar á engaño. No nos importa que con ello parezca perder la doctrina algo de su venerable antigüedad; nuestro propósito por ahora se reduce á demostrar que Darwin, Hæckel y demás no son inventores, sino plagiarios. Otros á su vez se encargarán de demostrar que fueron también plagiarios los darwinistas de los siglos XVI y XVII.

Sin ir á buscar por tierras extrañas escritores de esta especie que en otros siglos como ahora se distrajeran escribiendo en broma ó en serio, libros sobre este género de lucubraciones estrambóticas, podemos citar en primer lugar á nuestro gracioso fraile el P. Fuente de la Peña, que en su *Ente dilucidado* estampó desde la primera hasta la última de las cosas que ahora Darwin nos presenta como inauditas. Observa D. Juan Valera, con el sabroso aticismo que le es habitual, que «si tuviese tiempo y calma para ello, probaría fácilmente que apenas hay descubrimiento moderno de Darwin, de Moleschott, de Buchner, de los prehistóricos, de los positivistas, de los espiritistas, de los magnetizadores, etc., etc., que no esté previsto y predicho en el *Ente dilucidado*, con las cortapisas convenientes para que se ajuste, cuadre y encaje en la verdad católica... En cuanto á la generación espontánea, claro está que el Padre la defiende y demuestra. Los duendes nacen del vapor y son unos animales trasteadores é invisibles secundum quid... El Padre hace nacer espontáneamente de los vapores y miasmas, culebras, lagartos, sapos, ratones y cuanto se le antoja, estando las cosas de la tierra en su ordinario estado sin necesidad de revoluciones telúricas, sidéreas ó atmosféricas... Los timoratos del día andan hechos unos ba-

siliscos contra los naturalistas que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas. El P. Fuente de la Peña no tiene tal repugnancia. Al contrario, salvo los ángeles, las almas humanas y la materia prima, que han sido creados por Dios inmediatamente, lo demás nace por *educación ó emanación*, de la materia prima. Se junta una forma á dicha materia, ó se junta otra, y ya tenemos los seres. Si la forma es *leontina* sale un león, si *duendina* sale un duende, y si es *gatuna* sale un gato. Dígasenos ahora si esto no es casi tan bueno como Darwin... Entrevee también el Padre, cómo de la monstruosidad que adquiera ó con que nazca un individuo de una especie, puede originarse especie nueva. Un hombre con cola puede dar origen á muchos hombres con cola; una cabra á quien se le alargue el pescuezo, puede ser raíz y estirpe de las girafas. El Padre llega en este punto hasta creer que hay ó ha habido hombres peces, hombres ranas, hombres con un pié y hombres sin cabeza. En cuanto al tamaño, los hay ó ha habido menores que una avispa, y tan enormes que por el hueco del fémur de uno de ellos entró á caballo un cazador persiguiendo una cierva, y tardó seis minutos en salir por el otro lado á todo galope.

»Nace de aquí una cuestión que Darwin y sus discípulos se dejan en el tintero, y que el Padre dilucida, á saber: «¿Los monstruos son ellos ó lo somos nosotros?» Claro está que si ha de salir especie de la monstruosidad, para todos los individuos de la nueva especie los monstruos seremos nosotros.

»En cuanto á que el hombre provenga ó no provenga del mono, no se declara bien el Padre; pero estamos seguros de que este origen no le repugnaria, ya que concede razón, discurso y agudeza á los animales, y en particular á los monos. Monos hay, según él, que saben leer y escribir, y que bailan y tocan instrumentos, y otros tan tahures y fulleros, que juegan en la India á los naipes con los portugueses, los despluman, y luego, para consolarlos, los llevan á la taberna, los convidan y emborrachan.» (*Disertaciones y juicios literarios*, DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA, p. 231.)

Con tanta discreción como inimitable gracia, juzga el distinguido crítico este género de invenciones desatinadas que no pueden tratarse sino con crítica festiva, aunque se expongan en serio y con aparato científico por filósofos ó naturalistas, por un Darwin ó un Fuente de la Peña. Únicamente nos permitiremos una observación acerca de lo que dice D. Juan Valera, de que «los timoratos del día andan hechos unos basiliscos contra los naturalistas que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas.» Con esta frase se viene á completar lo que dice el mismo autor en las primeras líneas de la nota que precede (pág. 231): «ora sean sueños, ora verdades demostradas, ora hipótesis probables, la generación espontánea y la transformación de las especies, son ideas muy antiguas, solo que ántes nadie era tildado de impío ó de ateísta por seguir dichas doctrinas. Los artículos de la fé no se habían aumentado indefinidamente como en el día.» Lo de los basiliscos podrá estar dicho con gracia, pero sobra en ello en cambio ligereza de juicio; mas lo último que dejamos subrayado, ni tiene gracia, ni juicio, y es además una inexactitud volteriana. Sólo ha de estimarse como uno de esos rasgos de inoportuno escepticismo y no de buen gusto, que con frecuencia empañan las sobresalientes cualidades del peregrino ingenio de este gran escritor, que debemos reconocer como uno de los primeros entre nuestros críticos contemporáneos. Hoy, como entonces, siempre que las teorías más estrambóticas de la *Filosofía para reir* se expongan, «con las cortapisas convenientes para que se ajusten y encajen con la verdad católica,» tal, en fin, como según dice el mismo D. Juan Valera, exhibía sus deleitosos desatinos el P. Fuente de la Peña, podrán los filósofos hasta cierto punto, ensartar todos los disparates que quieran sin producir otro efecto en los timoratos, que desternillarlos con risas homéricas en vez de enfurecerlos como basiliscos. Bien sabe D. Juan Valera que en nuestros días uno de los sabios más sin par que ha producido este siglo, ha discurrido sobre todo género de problemas, lucubraciones que dejan muy atrás al P. Fuente de la Peña. Pocas cosas se hallarán en el *Ente dilucidado* tan graciosas, asombrosas y atrevidas, como las explicaciones y comentarios que se le han ocurrido á este extravagante sabio so-

bre las etimologías de la lengua vascongada, sobre el sistema métrico decimal, sobre Adam, y Enoch, y Elías, y Troya, y Homero, y Salomón, y Vénus, y sobre la ley de Matrimonio civil del Sr. Montero Ríos, y por fin sobre el discurso que el mismo don Juan Valera leyó en la Academia Española con motivo de la recepción de D. Francisco de Paula Canalejas. Sin embargo, es para todos notorio que las cosas del estrambótico sabio guipuzcoano encontraron siempre á los timoratos más alegres que espantados; y á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido tratar de hereje al peregrino ingenio que fué un católico, no nuevo ni viejo, sino católico á macha martillo, apostólico y romano como fray Juan de la Cerda y los RR. PP. Fuente de la Peña y Valdecebro. Pero si disparatorios de este género se escriben como argumentos de primer orden para blasfemar de la Biblia y desahogar impiedad, y se quieren presentar como la última palabra de la ciencia de mala ley imaginada hoy como arma de guerra para echar abajo el altar, siempre el creyente (pues tal supongo que querrá decir *timorato* en el sentido que aquí lo emplea D. Juan Valera) tildará y ha tildado de impío y ateísta á quien se haga adalid de tales doctrinas.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

(Se continuará.)

LOS GRABADOS.

El baron Enrique Charette de la Contrie, pág. 205.

Hace pocos meses que al inaugurarse en Nantes el monumento erigido á la memoria del general La Moriciere, vióse aparecer junto al sepulcro del gran caudillo cristiano, capitaneando gallarda legión de zuavos pontificios, al baron de Charette, que desde el año de 1871 yacía en el rincón de la vida privada.

Los ojos de la multitud se fijaban en aquella noble figura que parecía reflejar los rayos de gloria escapados del sepulcro del ilustre La Moriciere. Charette fué su compañero de armas en el servicio de la Santa Sede, y compartió con el egregio caudillo, cuyas honras se celebraban, los triunfos y gloriosas derrotas de la campaña de Roma contra las hordas garibaldinas.

Los lectores de LA ILUSTRACION CATOLICA, que conocerán las vicisitudes de aquella guerra, en que la impiedad coaligada con la ingratitud saquearon el patrimonio de San Pedro, llenando de amargura el corazón de Pio IX, habrán oído mil veces el nombre de Charette mezclado con todas las grandes y heroicas hazañas de las huestes pontificias. Es el nombre de un caudillo nobilísimo, heredero de glorias inmortales, y que representa hoy la hidalguía, el valor y la abnegación de los antiguos caballeros cristianos.

Hijo de Atanasio Charette y nieto de Francisco-Atanasio, héroes de la Vendée, nació en 1828, y recibió la educación esmerada y profundamente religiosa que podía esperarse de familia tan excelente como la suya. Era muy joven, y ya se interesaba vivamente en las cosas de Italia, donde veía formarse la nube revolucionaria que había de descargar más tarde sobre la silla de San Pedro.

El ejemplo de sus mayores, sacrificados en aras de la religión y de la patria, despertó en su valiente corazón sentimientos belicosos, y eran sus sueños de muchacho defender con las armas las creencias de sus padres arraigadas en su corazón. El recuerdo, sobre todo, del fusilamiento de su abuelo en la plaza de Viarmes el 29 de Marzo de 1796, enardecía su espíritu contra la revolución y preparaba su gloriosa carrera.

Comenzó esta con los sucesos de Italia de 1854, en cuya época, muchos parientes suyos corrieron á alistarse en las banderas de la Santa Sede. Con ellos fué el joven heredero de la casa de Charette, y cuando más tarde se organizó la legión de zuavos pontificios, Enrique tomó lugar en ella, ascendiendo rápidamente á los primeros grados.

Consiguar aquí la historia de sus campañas, sería prolijo; baste decir que fué uno de los héroes de Castelfidardo en 1860, donde mandaba un regimiento escogido, que se distinguió valerosamente en la terrible emboscada de los *italianísimos*, mandados por Cialdini. Enardecido más y más por estos sucesos, y deseando derramar hasta la última gota de su sangre por el Romano Pontífice, continuó de coro-

nel con los zuavos pontificios, y en 1867 se distinguió mucho peleando contra los garibaldinos, á los que tomó la difícil posición de Nerola. En la inolvidable batalla de Mentana tomó parte tan activa, que pasa por uno de sus primeros caudillos.

Disuelto el ejército pontificio, la actividad y el valor de Charette encontraron en la guerra franco-prusiana campo en que esplayarse. Después de la defección de la religión, tocábale defender á su patria, y en efecto organizó (1870) para el ejército del Loira una *legion de los voluntarios del Oeste*, compuesta en su mayor parte de zuavos pontificios. Las hazañas que en esta guerra llevó á cabo, fueron asombro de los mismos prusianos, que le tributaron respetuosos elogios por su talento, su valor y su bizarría. Las armas francesas no tuvieron en aquella campaña caudillo más ilustre. Herido gravemente en Loigny, el 2 de Diciembre, tuvo que retirarse del campo. Reducido luego á la vida privada, renunció al puesto que en la Asamblea nacional le destinaron millares de votos.

Después de su aparición en la Catedral de Nantes con el traje de zuavo pontificio, ha vuelto á la oscuridad. ¡Quiera Dios que vuelva á aparecer de nuevo para gozar del fruto de sus campañas!

Interior de la iglesia de Santo Domingo en Manila.
(Véase el artículo, pág. 206.)

La filoxera, pág. 209.
(Véase el artículo siguiente.)

X.

LA FILOXERA.

Hace poco más de dos años que este nombre (1), nuevo para nuestros agricultores, trae consternados á los propietarios de viñedos, á los que amenaza con la desolación y la ruina. La *Filoxera* es la más terrible de las plagas que se han conocido contra las vides, y sus estragos están patentes en varias comarcas de Europa, donde han desaparecido muchos millones de cepas atacadas por el cruel insecto. También en España, á pesar de las precauciones adoptadas para evitar el contagio, se sienten sus efectos, y hermosos viñedos de Cataluña y Málaga son ya tristes yermos sin cepas y sin cultivo.

Ante este nuevo azote de la Divina Justicia, debemos acudir lo primero á la fuente de todas las gracias, para lograr que se aplaque el rigor de nuestros males; pero esto no se opone á que el estudio de la enfermedad y el conocimiento de sus síntomas faciliten el remedio, antes que sea tarde, y tengamos que sumar al azote Dios el azote de nuestra indolencia.

Para contribuir á este conocimiento y á este estudio, publicamos hoy las vistas que dá el microscopio del insecto en sus varias manifestaciones, lo cual hace patente el origen del mal y el efecto de sus estragos.

Pero ¿quién es este enemigo que nos amenaza? ¿quién este coloso que se atreve á declarar espantosa guerra al siglo de las grandes invenciones y descubrimientos? ¡Oh miseria humana! es un insectillo que el ojo más fino y delicado apenas puede percibir sin el auxilio del microscopio.

El número de los individuos es el que suple al tamaño. Su espantosa fecundidad es la que lucha contra los derechos de la muerte y contra las armas que la ciencia pone en manos de los agricultores.

Una sola hembra puede llegar á ser en pocos meses abuela de algunos millares de filoxeras! Fecundidad tan terrible como maravillosa! Parece el sueño de una imaginación enfermiza, y, no obstante, es una triste realidad.

(1) *Filoxera* es palabra griega, que significa *seca-hojas*.

Observemos este pequeño monstruo, don involuntario del Nuevo Mundo. Sigámosle en todas sus fases y estudiemos sus maneras de propagarse.

De un huevo que pasó el invierno mal cobijado en alguna hendidura de la corteza de una vid, nace una larva muy pequeña; parece un punto amarillento, pero si se la engrandece con el auxilio de un microscopio, obsérvese que tiene una forma elíptica, que cuenta con seis garras, dos antenas, con ojos, y con un largo hocico. Paja del tronco, penetra por cualquiera parte de la tierra, coge una de las raíces más tiernas de la vid y mete en ella su hocico. Pocos días, y tres mudas bástanle para llegar á adulta, para trasformarse en lo que llaman los naturalistas un insecto perfecto, es decir, un insecto que no necesita ya de trasformaciones más ó menos aparentes, para hallarse en aptitud de generar. Se ha convertido ya en madre partenogénica (1), es decir, una hembra que sin el concurso de machos puede producir hijos. Todos los días pone huevos, de los cuales salen nuevas larvas que á su vez se trasforman en hembras partenogénicas, ó como algunos prefieren llamarlas, en *madres vírgenes*. ¿Y los machos? Por ahora no los hay porque no se presentan; dejad que continúe la reproducción de semejante manera, considerad que durante un verano se han producido sucesivamente de 8 á 10 generaciones, que la fuerza partenogénica en una familia de madres vírgenes, dura cerca de tres años, y después decidme cuántos millares de insectos puede producir una sola filoxera.

De otros huevos semejantes, en vez de nacer una larva que se transforma en madre vírgen subterránea, salen larvas, igualmente de hábitos subterráneos ó semejantes á las primeras, pero que, no obstante, á fines del estío, pasando por un estado intermedio llamado ninfa (2), se trasforman en *filoxeras aladas*. También las *aladas* son todas ellas hembras partenogénicas, y como varias especies de su mismo género, sirven de las alas para dilatar la Zona de sus devastaciones, frecuentemente favorecidas, en la triste obra de las invasiones, por el viento que puede transportarlas muy bien á grandes distancias. La *filoxera alada*, pone de 4 á 6 huevos, de los cuales nacen las filoxeras que *tienen sexo* (3), es decir, las hembras no partenogénicas y los machos. La única tarea de estos consiste en reunirse y en poner el huevo de invierno; todas las hembras ponen uno solo, y ya hemos visto cómo puede salir de él, bien una *madre vírgen subterránea*, bien una *filoxera alada*.

Del huevo de invierno puede desarrollarse una tercera forma de filoxera, propia, no obstante, de las vides americanas. Existe además una larva destinada á trasformarse en madre partenogénica, pero de hábitos completamente distintos, porque prefiere á la existencia subterránea, el vivir sobre hojas, zarcillos, etc. Distínguese con el nombre de *filoxera gállica* (4) porque vive entre escrescencias particulares de la vid (producidas por la acción del mismo insecto), conocidas con el nombre de agallas.—Las *gállicas* son fecundísimas, y se diferencian de las madres de las raíces por el color amarillento ó verdoso, y por su abdomen bastante abultado, el cual contiene tal vez hasta 300 huevos.—Los hijos de las *gállicas* son siempre (por lo menos lo parecen) madres partenogénicas gállicas, ó también madres de las raíces, puesto caso que pueden, mientras permanecen en el estado de larva, mudar de costumbres y pasar á vivir bajo tierra.

¿Pero en qué consiste que estos microscópicos insectillos pueden causar tanto daño á las vides? Será acaso por el jugo que de ellas chupan? No. La filoxera mata á la vid causando la putrefacción de las pequeñas raíces. Separando la tierra de una vid atacada

(1) Su longitud varía de 0,70 á 1,20 mm. Carece de alas, es un poco piriforme y su color ordinariamente oscuro. Las filoxeras perfectas mueren en una temperatura inferior á una + 10; las larvas, por el contrario, se amodoran durante el encierro, pero no mueren.

(2) Las Ninfas se reconocen fácilmente por su forma prolongada y por las alas rudimentales que tienen encerradas en estuches negruzcos.

(3) Las filoxeras de sexo carecen de hocico, y por lo tanto no pueden tomar alimento alguno.

(4) Es de color amarillo ó verdoso, al paso que las subterráneas lo tienen oscuro. Vive de 2 á 3 meses, siempre que la temperatura sea superior á + 10.

por el terrible insecto, se ven claramente engrosadas todas sus raíces, cuando alguna filoxera ha permanecido sobre ellas clavando en el delicado tejido de aquellas su hocico. Semejante hinchazón, llamada también rebosadura ó nudillos filoxéricos (1), es la consecuencia de la herida causada por el hocico del insecto, y por la irritación producida á causa de su constante permanencia sobre las raíces; y yo soy de opinión que semejantes nudillos, bastante característicos, bastan para revelar la presencia del insecto, cuando la vegetación de las vides no ofrece todavía exteriormente indicio alguno de enfermedad (2). Luego, en una época fija del año, hacia fines del verano, aquellas raíces plagadas de hinchazones marchitanse y mueren, privando á la vid de su útil tarea, que consiste en chupar de la tierra los jugos necesarios á la vegetación. De esta manera se seca la planta, y fácilmente se echa de ver que acabará por morir, observando que bajo los ataques del microscópico, pero mortífero, hocico de la filoxera, hasta los tejidos de la corteza de las raíces mayores se desorganizan y pierden la propiedad de producir nuevas y pequeñas raíces.

Hé aquí en breves líneas la historia del dañoso insecto que Europa importó de América y que se propaga por nuestra patria. Ahora vean nuestros lectores las formas y accidentes de la filoxera en la lámina que publicamos.

Quiera Dios librarnos pronto de este enemigo, que por la pequeñez de su cuerpo y la enormidad de sus estragos debe confundir nuestra soberbia y nuestra audacia.

JOAQUIN S. IBARRA.

(1) El reconocimiento ó pesquisa de la filoxera debe hacerse precisamente cavando la vid y examinando si sus pequeñas raíces presentan nudillos. Todo propietario debe hacer esta observación, por lo menos dos veces al año en sus vides, durante la buena estación.

(2) El color de estos nudos es amarillo encendido, y amarillo dorado en los primeros días. Después, al envejecer, se oscurecen los nudos, y al terminar el verano, se vuelven negros, marchitanse y desaparecen lentamente.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)

Solución del jeroglífico del número anterior:
La ingratitud es la sombra del beneficio.

Madrid, 1880.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque.
Santísima Trinidad, 5.

Para los anuncios franceses, los Sres J. Saisset y Bertal, 11, Rue Cadet, 11, París.

SECCION DE ANUNCIOS.

En Madrid: Centro de Publicidad de los Señores Storr y Muñoz, Ballesta, 7, bajo.

MEDALLA
Exposición
Universal
1878
P. M.
Catillon

GLICERINA CREOZOTIZADA
de **CATILLON**

Recetada con el mejor éxito contra las
ENFERMEDADES DEL PECHO, RESFRIADOS,
CATARROS, ASMA, BRONQUITIS, LARINGITIS,
EXPECTORACIONES ABUNDANTES, etc.

Muy superior al Alquitran, cuyo principio activo es
la Creozota. Reemplaza el Aceite de hígado de bacalao
con la ventaja de que lo toleran todos los estomagos
aun durante los calores.

París, rue Fontaine, 1, et rue Chaptal, 2
Deposito: R. J. CHAVARRA, Avda de Reyes
á todas las principales Farmacias de España

MISERERE MEI DEUS.

Traducción en verso de este Salmo y
noticias de versiones poéticas del mismo,

POR

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA,

Un tomo en 8.^o francés. Se vende á 20
reales en las librerías de Olamendi,
Aguado, Tejado, Guio, Lopez, Fé, Mu-
rillo y Hurtado.

LE CONSEILLER DES RENTIERS

PARIS — 1, Rue Maubeuge, 1 — PARIS

LE PLUS INDÉPENDANT DES JOURNAUX FINANCIERS

Paraissant tous les Samedis. — 5 FRANCS par AN (5^e Année)

ACHAT & VENTE de toutes va-
leurs cotées et non cotées. — Avances sur Titres et Pensions. — Opérations à
Termo. — Achat de TOUTES VALEURS DIFFICILES à vendre.

Tout Abonné recevra comme **PRIME GRATUITE** l'**ALBUM-GUIDE** des VALEURS À LOTS,

un très-riche volume avec
tableaux et dessins, ouvrage indispensable aux porteurs d'obligations à lots françaises.